

¿Me esperabas?

~Las aventuras de Chloe~

ROSA UKOZ



¿Me esperabas?

~Las aventuras de Chloe~

R O S A U R O Z



EDICIONES  ARCANAS



Suena el despertador, me giro al otro lado de la cama y no estás. Todas las mañanas siento que, algún día, volveré a ver tu cara antes de ir a trabajar. No me hago a la idea de que ya no estamos juntos. Tantos años recibiendo esos «buenos días» tan cariñosos, que no quiero aceptar que ya nunca los tendré.

La noche se hace eterna si no estás a mi lado, y aquellas en las que tanto disfrutábamos tampoco volverán. Pensaba que los dos sentíamos lo mismo. Estaba tan adentrada en mi trabajo que no presté atención a lo que sucedía a mi alrededor. Pedías a gritos que te prestara más atención, y no supe verlo.

Saco esos recuerdos de mi cabeza, se me echa la hora encima. Voy a levantarme y a vestirme rápido, que no me da tiempo a desayunar. Cojo un vestido negro ceñido, el primero que veo en la percha del armario, cojo el foulard rojo del perchero y me coloco los zapatos rojos de tacón.

Voy corriendo hasta la cocina, abro el frigorífico y saco el tetrabrik de leche de almendras. Desde que la probé por primera vez sigo tomando la misma, es tan sabrosa y, con unas cucharadas de cacao, está para relamerse. Enciendo el tostador y meto un par de rebanadas de pan. Cuando están hechas les unto un poco de mantequilla, aunque apenas tengo apetito, y les doy un par de mordiscos.

Miro el reloj. Tengo cinco minutos.

Antes de irme, cojo el blíster de las pastillas anticonceptivas del armario de la cocina y saco una. No sé para qué sigo tomándolas si ya no las necesito. Aun así, me la trago con un vaso de agua. Supongo que lo sigo haciendo porque me recuerda tiempos más felices.

Me acicalo el cabello rizado. De jovencita siempre me lo alisaba porque no me gustaban mis rizos. Ahora pienso en la estupidez que estaba cometiendo. ¡Con el pelo tan bonito que tengo!

Es de color negro azabache. En la universidad siempre me decían que lo llevaba tintado, y aún puedo presumir que conserva su color natural. Me encantan las ondas que caen hacia mi cara. Me dan un toque sexy...

Marcos siempre me tocaba el pelo, le encantaba. Es mi ex, y no puedo remediar que esté a todas horas en mi cabeza. ¡Chloe, fuera recuerdos por hoy!

Cojo las llaves de casa. Las tengo en la mesa de la entrada, junto a mi bolso rojo, a juego con los zapatos y el foulard. Me miro al espejo antes de salir. Chloe, ¡estás fabulosa!, digo para mí.

Salgo de casa andando, mi gabinete está cerca. A veces pienso que está bien, pero otras no tanto. Vivir tan cerca del trabajo no me permite desconectar del todo.

Soy psicóloga, terminé el grado hace un año y hará un par de meses que tengo mi propia consulta. Siempre he soñado con ello, me ha costado mucho trabajo llegar hasta aquí y por el camino he perdido cosas que me importaban, pero no quiero ponerme triste ahora.

Esta mañana tengo citas interesantes. Estoy especializada en psicología de intervención social, tengo varios grupos de gente joven muy interesada en mis talleres. Desde pequeña ya me gustaba ayudar a las personas y por eso tenía claro que quería ser psicóloga. Todos tenemos miedos, sobre todo a prosperar, y

eso hago yo; ayudo a que mis pacientes salgan a volar y pierdan sus miedos; a que abran sus alas a sus proyectos y encuentren la felicidad.

Nada más llegar abro la consulta y recorro el espacioso recibidor con paredes blancas, aún vacías. Como todas las mañanas, pienso en que debería colocar algún cuadro bonito. Por falta de tiempo, aún no he tenido ocasión de hacerlo.

Me dirijo hasta mi mesa, situada al fondo de la sala, justo delante de la entrada. Es de estilo *vintage*, a juego con la silla de color beige, y está muy desordenada; llena de notas y diversos documentos. Debería plantearme conseguir una *tablet*. Ahorraría papel y encontraría antes las cosas.

Dejo el bolso junto a la pantalla del ordenador y abro las persianas. La luz invade la consulta al instante. Lo único malo de este ventanal es que da al patio de luces del edificio y sus vistas no son muy agradables. Aunque sigo teniendo la esperanza de conocer a algún vecino «buenorro» que venga a pedirme la ropa interior que se le ha caído. De momento solo se ha presentado la vecina «marujona».

Con todo dispuesto para la primera sesión del día, tomo asiento y empiezo a preparar mis notas. No tardarán en llegar los pacientes.

* * * *

He acabado con el grupo de hoy. Son las doce del mediodía y me está entrando un poco de hambre. Me acercaré a la cafetería de aquí al lado y tomaré algo para «picar».

Me llevo la libreta de apuntes. En mis ratos libres, que son pocos, aprovecho para escribir una novela. La verdad, desde que Marcos y yo lo dejamos, escribo bien poco; no me siento motivada y no me animo a hacerlo, pero algo me dice que hoy está por salir una idea maravillosa.

Cuelgo el cartel de «*vuelvo en cinco minutos*». Siempre que lo veo en otras oficinas me pregunto: «¿Cuánto son realmente esos cinco minutos?»

Llego hasta la cafetería. Hay bastantes mesas libres, así que me pongo en la del fondo, que hay menos movimiento y puedo concentrarme mejor.

Pido una cerveza y un pincho de tortilla de patatas, la he visto en la vitrina y ¡menuda pinta tiene! Abro mi libreta. Es muy «mona», de un tono azul cielo con una jaula abierta y unos pajaritos volando. Tiene un texto que pone: «que nada detenga tus sueños». El título me cautivó y decidí comprarla.

Estoy a mitad de mi novela. Todavía es un borrador, tengo que enlazar partes. Cuando voy en el autobús y se me viene a la cabeza alguna frase, la escribo antes de que se me olvide, y después, en casa, voy organizando las ideas. Tengo notas un tanto picantes para añadirlas en unas escenas que habrá en la novela, no voy a revelar detalles aún.

El camarero me sirve la tortilla. Doy un bocado, está tan suave que se deshace en la boca. A mí nunca me salen así, y mira que las hago con cariño y amor, que dicen que es el ingrediente esencial... ¡Bobadas!, a mí me salen como «un

churro». Aunque de sabor están muy ricas, si tuvieran que comprar mis tortillas por su aspecto me arruinaría en el acto.

Comienzo a escribir, cuando escucho el móvil sonar en el bolso. Es mi próxima cita. Qué oportuno, esta vez ha llegado antes.

Termino la tortilla y bebo la cerveza de un trago, casi me atraganto, pero no me gusta que mis clientes esperen. Me levanto y voy hacia la barra a pagarle al camarero. Le dejo propina, no tengo tiempo de esperar la vuelta. A fin de cuentas vengo todos los días y se portan muy bien conmigo.

Salgo casi corriendo de la cafetería. Por el camino se me sale un zapato. ¡Qué vergüenza!, con lo estilosa que voy hoy y siempre tengo que ir dando la nota...

Cojo el dichoso zapato, me lo coloco bien e intento salir del local con paso normal. Al final de la calle veo a Alex, está esperando. Siempre llega tarde, pero claro, no le gusta esperar, así que me apresuro asegurándome de no volver a «perder» el zapato.

—¡Hola, Alex! ¿Qué tal ha ido la semana?

—Hola, Chloe. Quería venir a verte. Tengo buenas noticias y no podía seguir esperando, por eso llegué antes.

Ya decía yo que esto era extraño, nunca ha llegado a tiempo a sus citas. Bueno, así termino antes y sigo con mi novela.

¡Joder! ¡La libreta! Me la he dejado en la cafetería, y con la de apuntes que llevo en ella, no puedo perderla.

Abro la puerta de la consulta.

—Alex, ve pasando y acomódate. Voy un momento a la cafetería que me he dejado el cuaderno.

—Vale, aquí te espero. No tardes.

Sí que será importante lo que me tiene que contar si tiene tanta prisa, pienso mientras voy corriendo hacia la cafetería para no hacerle esperar mucho. Si hace falta me quito los zapatos.

Entro en busca de la libreta. No está en la mesa. Supongo que la habrá cogido el camarero para guardarla, así que me acerco a preguntarle.

—¡Hola de nuevo! Me dejé una libreta en la mesa, ¿la has visto?

Me mira y agita la cabeza.

—Acabo de recoger esa mesa, pero no había nada, ninguna libreta...

—Qué raro... —Encojo el ceño—. ¿Viste a alguien acercarse y cogerla?

—No me di cuenta, la verdad... Pero si alguien la deja, la guardo y te la devuelvo la próxima vez que vengas.

—Vale —respondo a regañadientes.

¿Quién iba a querer llevarse una simple libreta? En la cubierta interior hay grapada una tarjeta del gabinete. Puede que la persona que se la ha llevado me la devuelva allí, pienso esperanzada.

Salgo de la cafetería y me dirijo hacia la consulta. Los zapatos me están matando por culpa de las carreras. Con suerte esta será la última.

Alex está esperando dentro. Ya se ha acomodado en mi precioso diván rojo con filos dorados. Me gasté buena parte de mis ahorros en él y, la verdad, no me arrepiento. A todos mis pacientes les encanta porque tiene una textura aterciopelada de lo más suave; tanto que cualquiera podría fácilmente quedarse dormido en él. Su único inconveniente es que, en verano, es necesario poner el aire acondicionado a tope para poder estar tumbado sin empezar a sudar.

Cierro la puerta para que nadie nos moleste, me dirijo hacia mi sillón, comprado a juego con el diván, y tomo asiento. Estoy acalorada de tanto correr, así que antes de empezar necesito refrescarme. Encima de la mesita de cristal redonda que hay junto al diván, descansa una bandeja con una botella de agua y vasos para los pacientes. Cojo uno, lo relleno y le doy un largo trago. Lo hago todo tan deprisa que Alex se me queda mirando sorprendido.

—Bueno... —Ahora sí, veamos qué es eso tan maravilloso que quiere contarme—. Dime, Alex, ¿qué es lo que te ha sucedido? Tienes una mirada diferente. Sea lo que sea, tiene que ser algo bueno.

Nada más salir de su asombro, asiente y ensancha una amplia sonrisa.

—Lo es, Chloe. Gracias a ti perdí mis miedos a hablar con las chicas y... ¡tengo una cita!

En ese momento lo comprendo todo. Su ilusión se debe a que, a pesar de ser un chico muy guapo, nunca antes había tenido una cita. Y cuando digo nunca, es nunca. La primera vez que vino a mi consulta estuvo a punto de marcharse sin entrar al enterarse de que yo era una mujer.

—Me alegro mucho por ti, Alex. —Abro el cuaderno de los pacientes y preparo el bolígrafo—. Háblame un poco de ella. ¿Cómo la conociste? ¿Qué te hizo hablarle y qué sentiste al hacerlo?

Comienza su relato, pero en ese instante me viene a la cabeza el momento en el que nos conocimos Marcos y yo. Por aquel entonces íbamos a la misma universidad. Era el típico chico al que perseguían todas las chicas, y a mí me parecía inalcanzable. Eso no quiere decir que no me considerase guapa, no, pero tampoco era despampanante, ni resaltaba como las demás.

Un día, en una cafetería abarrotada de gente, se colocó a mi lado y empezó a acariciarme el pelo. Recuerdo muy bien sus palabras. Me dijo: «Morena, ¡qué pelo más bonito tienes! Me quedaría tocándolo mientras espero el café. ¿Me dejas?» Sus palabras me dejaron atontada y, desde entonces, siempre coincidíamos a la hora del café, hasta que me pidió una cita.

Él era un chico alto y musculoso, moreno, con el pelo liso peinado hacia un lado y un flequillo que le caía por los ojos. ¡Ay!, esos ojos verdes que tanto misterio desprendían... Su mirada seductora me volvía loca, pero su sonrisa era especial. Se le marcaban dos hoyuelos en las mejillas cada vez que sonreía, lo que provocaba en mí una risita tonta. Siempre iba un poco despeinado, aunque eso me encantaba de él, y solía vestir vaqueros y camisetas que dejaban para la imaginación sus pectorales marcados. Iba de chico duro, pero en realidad era todo lo contrario. Me cuidaba, me protegía, se preocupaba por mí... y, además, era un amante increíble. Nunca antes había sentido todo lo que me hizo sentir él.

Una lágrima se desliza por mi mejilla sin poder evitarlo. Alex interrumpe su relato.

—Chloe... ¿Estás bien? —pregunta preocupado.

—Sí, tranquilo. —Encima de la mesita, al lado de la bandeja con agua, hay una cajita con clínex que incluí hace poco porque, en una ocasión, un paciente comenzó a llorar y no tenía nada que ofrecerle para secarse. Cojo un pañuelo y me limpio la lágrima—. Es solo que... —fuerzo una sonrisa— es tan bonito lo que estás contando que me he emocionado.

Alex también sonrío y se me acerca.

—Ven aquí que te dé un abrazo por ser tan buena y ayudarme tanto.

La verdad, me hace mucha falta un abrazo para desahogarme, de modo que se lo doy. Mientras, pienso en lo bien que está evolucionando este chico. Hace un tiempo no se habría atrevido ni a darme la mano.

Un poco más tarde me despido de Alex hasta la próxima cita y me dispongo a cerrar. Estoy algo preocupada porque no ha venido nadie a devolverme la libreta. A ver si tengo suerte y me la traen mañana, a lo largo del día.